

diencia á causa de su indisciplinable barbarie. Entonces tomé el partido de buscar la gloria, consagrando las fuerzas de los Godos á restablecer y aumentar, si era posible, el poder de Roma, á fin de que la posteridad me mirase al ménos como el restaurador del imperio que yo no podía trasladar de los Romanos á los Bárbaros. Con esa mira me abstuve de la guerra y busqué cuidadosamente la paz,, (1).

El imperio no podía ser restaurado; la civilización que inspiraba tanto respeto á los Bárbaros no era más que la envoltura de un cuerpo agonizante. Viendo al imperio derrumbarse, los Bárbaros se repartieron sus despojos; los más ambiciosos intentaron restablecerle, no ya en provecho de los Césares de Constantinopla, sino en provecho propio. La monarquía universal parece ser el ensueño fatídico de todo conquistador. En la antigüedad, los pueblos del Oriente, después los Griegos y por-último los Romanos, tuvieron la ambición de someter al mundo entero. Roma casi realizó el propósito. Desde entonces, la idea de una dominación universal se apoderó de los ánimos, y fué como un ideal á que querían aspirar todas las naciones guerreras. Dos tribus germánicas marcharon sobre las huellas de Roma: los Godos, dueños de la Italia, de la España y de una parte de las Galias, parecían los llamados á suceder á los emperadores; su largo contacto con los Romanos los semicivilizó, sin hacerles perder su virtud guerrera; un grande hombre surgió de su seno, Teodorico, que se ha comparado á Carlo-Magno y á los mejores de los Césares; todos los elementos de éxito se reunían en favor de los Godos, y, sin embargo, fracasaron. Los Francos vinieron á las Galias en cortísimo número, algunos millares de hombres; extendieron rápidamente sus conquistas por Alemania y por Italia, y el papa puso la corona imperial sobre la cabeza de sus reyes. Pero, apenas murió Carlo-Magno, se disolvió su imperio, y á la unidad germánica reemplazó la infinita diversidad del régimen feudal. ¿Para qué tales tentativas de restauración? ¿Y por qué la obra en que sucumbió el genio de Teodorico se llevó á cabo, al ménos temporalmen-

(1) OROS., VII, 43 (traducción de THIERRY, *Cartas sobre la historia de Francia*, VI).

te, por los conquistadores de las Galias? ¿Por qué la unidad fué tan pronto reemplazada por la anarquía? Aquellos ensayos de reconstitución del imperio y las convulsiones de su decadencia abrazan un período de quinientos años. ¿Habrían sido estériles los trabajos y los sufrimientos de los pueblos durante un período tan largo? ¿No hay nada más que el reinado de la fuerza bruta y de una ciega fatalidad desde el siglo V al X?

Los conquistadores antiguos ignoraban los designios providenciales á los cuales servía de instrumento su ambición. La venida de Jesucristo es la que ha dado sentido á las expediciones aventureras de Alejandro y á las guerras incesantes del pueblo rey: los guerreros prepararon el camino al apóstol de la paz. Cuando la dominación romana se desplomó, el cristianismo había invadido todas las provincias del imperio; sólo le quedaba por conquistar el mundo bárbaro. Hubiese sido difícil á los misioneros penetrar solos y sin apoyo en medio de los habitantes semi-salvajes de la Germania y del Norte de Europa; los Bárbaros, recién convertidos, fueron los que defendieron y propagaron la religión cristiana. El imperio romano favoreció la predicación del Evangelio en el antiguo mundo, y para difundirlo entre los Bárbaros era necesario un imperio bárbaro.

Tal fué la misión de los conquistadores germanos. Los Godos no estaban destinados á desempeñar ese gran papel. El catolicismo sólo podía civilizar á la Europa bárbara, y los Godos estaban afiliados á la herejía arriana; representantes de una secta, tenían que desaparecer y confundirse en una unidad superior, así como las herejías fueron absorbidas por el catolicismo. Desde su entrada en la escena del mundo, los Francos se convirtieron á la fe cristiana; hijos primogénitos de la Iglesia, les correspondía propagar la religión cristiana entre sus hermanos de la Germania y del Norte: hé aquí por qué triunfaron los Francos allí donde fracasaron los Godos. Cuando la obra de la conversión de los Bárbaros estuvo terminada, ya su imperio no tuvo razón de ser; los Germanos no estaban llamados á rehacer un imperio decrepito, sino á fundar naciones fuertes é independientes. Hé aquí por qué la monarquía de los Francos hizo lugar al régimen feudal.

CAPÍTULO II.

EL IMPERIO DE LOS GODOS.—TEODORICO.

§ I.—Extension del imperio.

Teodorico es uno de los grandes hombres de la Europa bárbara; héroe de las tradiciones populares, ha sido admirado por los historiadores y los filósofos. El Senado y el pueblo de Roma creían ver en él un segundo Trajano. Un escritor del Bajo Imperio no vacila en parangonar al jefe bárbaro con el mejor de los príncipes que llevaron el título de Augustos (1). Herder le compara á los Antoninos, y deplora que su imperio durase tan poco y que Carlo-Magno y no él fuese el que presidió á la reconstitución de la Europa (2).

Nosotros no queríamos comparar con Trajano y Marco Aurelio al príncipe que dió muerte á Odoacro después de haberle prometido el perdón, al príncipe que manchó su reinado con el asesinato de Boecio. Es cierto que el rey de los Godos tenía algo del genio romano. Educado en Constantinopla desde la infancia, tomó gusto á la civilización antigua; y la ciudad imperial, que aún se hallaba en todo su esplendor, hizo en el joven Bárbaro la mis-

ma impresión que en el viejo Atalarico. Bajo el hábito de un Godo, Teodorico era un hombre de la antigüedad: su ideal era el imperio. Pero había llegado el tiempo en que las tribus germánicas, cansadas de estar á sueldo de los Césares, ansiaban un establecimiento durable en el territorio que ellos solos eran capaces de cultivar y de defender. Teodorico, fascinado por la grandeza aparente de las instituciones romanas, pensó en restablecer el imperio de Occidente en provecho de la raza bárbara.

“Teodorico, dice *Voltaire*, fué tan poderoso como Carlo-Magno; y sin tomar el título de emperador, que pudo abrogarse, ejerció sobre los Romanos exactamente la misma autoridad que los Césares.” En realidad, su dominación era más bien el gérmen de un imperio que un verdadero imperio. La Italia formaba el núcleo de la monarquía de los Godos; pero las circunstancias que acompañaron á la conquista dejaron algo de ambigüo en la posición de su rey. Antes de emprender la expedición contra Odoacro, Teodorico era dignatario del imperio, y la guerra de Italia fué concertada con el emperador de Constantinopla. En

(1) PROCOP., *de Bello Goth.*, I, 2.

(2) HERDER, *Ideen*, XVIII, 2.

un discurso que le atribuye *Jornandes*, el joven general dice a Zenon: "Roma, la capital del mundo, está siendo presa de los Rugos y de los Turcilingos. Ordenadme marchar contra ellos al frente de mi nacion. Vencedor, miraré mi conquista como beneficio vuestro, porque conviene que yo, que soy vuestro servidor y vuestro hijo, tenga de vos como donacion ese reino.", La victoria se declaró por los Godos, y Teodorico vistió la púrpura, pero con el consentimiento de Zenon (1). En esas primeras relaciones de Teodorico y del Griego se ve ya como un principio de vasallaje. El rey de Italia continuó reconociendo al emperador como su soberano, aun cuando de hecho era soberano independiente, y los emperadores de Oriente no tenían poder alguno efectivo ni en Italia ni en las Galias. Pero la prudencia imponía á Teodorico la necesidad de mostrarse á los Romanos como investido de la autoridad imperial, y se contentó con el título de rey (2), fiando al porvenir el desarrollo de su poder. Si su reino se hubiese sostenido, la corona imperial no habría dejado de ceñir las sienes de sus sucesores.

El imperio no podía ser restablecido tal como existía bajo los Césares romanos; los Bárbaros le habían invadido, y el que aspirase á la dignidad imperial tenía ántes que someter á las tribus germánicas acampadas en las provincias de Occidente. Teodorico no tenía el genio de la conquista, y se creó una especie de hegemonía sobre el mundo bárbaro por el ascendiente de su carácter, por sus alianzas y sus negociaciones. El rey de los Godos encontró un poderoso apoyo en uno de los brazos de la raza que él mandaba. Ántes de las conquistas de los Francos, los Visigodos eran los más poderosos de los Germanos; ocupaban todo el territorio de la Galia situado al Mediodía del Loire y al Occidente del Ródano. La caída del imperio y la usurpacion de Odoacro despertaron la ambicion de todos los Bárbaros; los Godos se apoderaron de la España y se creían ya dueños de la Galia. Los Visigodos eran los aliados naturales de Teodorico por los vínculos de la sangre; podía esperar que las dos tribus se reuniesen un día bajo su mismo jefe, y que la *Gotia* reemplazase á la *Romania*, como lo había ambicionado Ataulfo. Pero había un obstácu-

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 57.

(2) PROCOP., *de Bello Goth.*, l. 1.

lo para el logro de ese gran proyecto; los Godos se veían acosados de todas partes por enjambres de Bárbaros que se disputaban los jirones del imperio, y Teodorico procuró atraérselos por medio de alianzas de familia: adivinó el genio aventurero de Clovis, y casándose con la hermana del joven conquistador, creyó unir los dos pueblos que iban á disputarse la dominacion del Occidente. Los Vándalos eran arrianos como los Godos; la comunidad de creencias formaba un fuerte lazo, y Teodorico le robusteció dando su hermana en matrimonio á su rey. Casó también á su sobrina con el jefe de los Turingios, y á sus hijas con los reyes de los Borgoñones y de los Visigodos. Merced á estas alianzas, la Europa bárbara parecía formar una gran familia, en la cual Teodorico, dueño de Roma, ocupaba el primer lugar.

El historiador de los Godos, orgulloso partidario del gran hombre que ilustró su raza, dice que todos los pueblos del Occidente estuvieron bajo la dependencia de Teodorico, ya como amigos ó ya como súbditos (1); que sometió por las armas á las naciones bárbaras que confinaban con la Italia, y que su humanidad despues de la victoria le atrajo los vencidos, llevando á lo léjos la gloria de su nombre (2). El jefe de los Hérulos, pueblo semi-salvaje del Norte de la Germania, solicitó la amistad de Teodorico, y el rey de los Godos le elevó á la condicion de hijo suyo, dispensándole el honor de adoptarle por medio de las armas (3). Los Estios, que habitan las costas del Báltico, fueron á poner el ámbar que se recoge en ellas á los piés de un príncipe cuya reputacion les había determinado á emprender un viaje de mil quinientas millas á través de países desconocidos. Teodorico utilizó aquella diputacion para extender sus relaciones y su influencia: "No dejéis obstruir, dijo á los embajadores, los caminos que vuestra confianza os ha abierto para llegar hasta mí desde tan léjos... Buscadme con más frecuencia... La amistad de los

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 58.

(2) El obispo ENNODIUS escribía al papa Simmaco: "Habeis sabido los felices sucesos que han ocurrido á nuestro digno monarca, á este príncipe cuya vida deberían prolongar nuestros votos si el cielo los escuchase. Ya lo veis: él manda á la victoria, y ésta obedece sumisa sus órdenes... El odio más inveterado, las animosidades hereditarias no sobreviven á la guerra: porque si de una parte es terrible en los combates, muestra de otra su gran clemencia en favor de aquellos que se le someten." (ENNODII *Epist.* IX, 30).

(3) CASSIODORO (*Var.*, IV, 2) describe las formalidades de esta costumbre guerrera.

principes poderosos es útil á toda nacion" (1). El rey de los Godos sostenía una correspondencia constante con la region del Norte de donde había salido su nacion. Un jefe de una isla remota que se designaba con el nombre vago de Thulé, encontró un asilo en la corte de Rávena, y los Romanos aprendieron con asombro que había una region donde el sol dejaba de animar á la naturaleza durante cuarenta días, época de duelo que cesaba con la resurreccion del astro vivificante cuya muerte se había llorado (2).

Se ve que Teodorico debía toda la influencia de que gozaba en el mundo bárbaro á la política y al ascendiente de la civilizacion más que á las armas. Pero lo que fué causa de su grandeza vino á ser un principio de debilidad y de decadencia. Cuando los Godos tuvieron que luchar con un pueblo conquistador, las negociaciones y la superioridad intelectual no bastaban para someter á los Bárbaros; se necesitaba la fuerza. Al tiempo que Teodorico, apareció sobre la escena del mundo un jefe bárbaro que estaba muy léjos de igualar al rey de los Godos en cultura é instruccion; pero Clovis poseía el genio de las conquistas que faltaba á su émulo. Los Francos realizaron los designios ambiciosos que Teodorico había concebido.

§ II.—Decadencia del imperio de los Godos.

Tal era la dominacion de Teodorico; en su monarquía existió el germen de un poderoso imperio. Verdad es que los Godos no se habían emancipado completamente de los lazos que les ligaban á los Césares de Constantinopla; pero su dependencia era nominal más que efectiva; la Europa bárbara no podía menos de sustraerse á las manos impotentes de los emperadores bizantinos. Verdad es también que la nacion de los Godos era un cuerpo con dos cabezas; pero la reunion de los Ostrogodos y de los Visigodos estaba en el orden natural de las cosas, y la más fuerte de las dos tribus debía concluir por absorber á la otra. Teodorico reinaba sobre el mundo bárbaro por su genio, y aquel poder moral podía transformarse en una supremacía durable. Cuando se comparan aquellos elementos de poder con los débiles comienzos de la monarquía

de los Francos, todas las probabilidades parecen estar de parte de los Godos; y, sin embargo, el imperio de los Godos se desmoronó con Teodorico, mientras que la muerte de Clovis no detuvo la marcha invasora de los Francos. ¿Cuál fué la causa de aquella rápida decadencia?

La cuestión ha embarazado á los historiadores que han buscado la solucion en circunstancias accidentales ó exteriores. No faltó á Teodorico, dicen unos, más que un hijo á quien pudiera transmitir su poder; si la fortuna le hubiese concedido un heredero, la gloria de realzar el imperio de Occidente hubiera pertenecido á los Godos (1). Otros ven en la extension irregular del reino gótico la razon de su debilidad: ¿cómo sostener una monarquía cuyo asiento estaba en Italia y que tenía posesiones en las Galias, en la Panonia y la Dalmacia? (2). Nosotros no creemos que las pequeñas causas produzcan grandes efectos. El porvenir de la Europa estaba pendiente de la lucha entre los Godos y los Francos; si triunfaron éstos á pesar de su aparente inferioridad, consiste en que la monarquía de Teodorico se hallaba minada por vicios que hacían su disolucion inevitable.

La caída de la dominacion de los Godos es debida á causas políticas y religiosas. Teodorico no quería fundar un imperio germánico; su ambicion era la de continuar el imperio romano. Roma ejercía sobre él tal prestigio, que mantuvo todas las instituciones, hasta los abusos y los vicios mismos del régimen imperial (3). Las exacciones del fisco habían arruinado las provincias; las poblaciones languidecían en la corrupcion y en la ociosidad; y eran los Bárbaros los que tenían la alta mision de regenerar aquel cuerpo gastado y moribundo. Pero ¿era dando *pan y espectáculos* á los habitantes de Roma como Teodorico contaba devolver la vida moral á los Romanos? (4). ¿Era perpetuando el despotismo del imperio como él creía devolver la vida física á las provincias? Los Bárbaros estaban llamados á destruir la unidad romana y á reemplazar aquella asociacion forzada con naciones libres

(1) SISMONDI, *Hist. de la caída del imperio romano*, t. 1, c. 9.

(2) LUDEN, *Hist. universal*, t. II, § 80.

(3) Una carta de Atalarico prueba que nada cambia en la opresion, por mejor decir, en la servidumbre que pesa sobre los curiales (CASSIODORO, *Var.*, VIII, 31).

(4) Se ve, por las cartas de Cassiodoro, que Teodorico daba gran importancia á los espectáculos: "La alegría de los pueblos, dice el retórico latino, es el signo de la prosperidad de los tiempos."

(1) CASSIODORO, *Var.*, v, 2.

(2) GIBBON, c. XXXIX.

é independientes. Las tribus germánicas y los Romanos formaban los elementos de aquellas naciones; vencedores y vencidos debían fundirse en una sola raza. Ese trabajo de fusión se verificó instintivamente y por la acción del tiempo en los países conquistados por los Bárbaros. Teodorico procedió por un sistema contrario. En los últimos siglos del imperio, únicamente los Bárbaros formaban el ejército, y los Romanos ocupaban los cargos civiles. Teodorico mantuvo ese estado de cosas, y nada había cambiado en el imperio como no fuera el que los Godos se habían convertido de auxiliares en amos. Teodorico no quería que los niños de su raza frecuentasen las escuelas: "Aquel que ha temblado á la vista de la palmeta, no mirará jamás sin temblar una espada, decía él," (1). De esta manera, los Godos debían conservar su individualidad germánica (2) y los Romanos su antigua civilización. Con semejantes ideas, ¿cómo había de verificarse la fusión de los dos pueblos?

Se dice que había en esa organización una idea no del todo indigna del genio de Teodorico: no quería que los Godos ejerciesen una dominación brutal sobre los Romanos, y concedió á los vencidos un puesto honroso, el mismo que habían ocupado en tiempo de los emperadores. Teniendo los dos pueblos cualidades diferentes, debían tener también una esfera de acción diversa: á los Bárbaros, las virtudes de la guerra; á los Romanos, las ocupaciones de la paz. Nosotros creemos que ese ideal es falso. Los Bárbaros no habían venido para mantener servilmente las instituciones romanas, sino para echarlas abajo. Por su parte, los vencedores no podían conservar los usos y costumbres que les distinguían en los bosques de la Germania. Los Germanos y los Romanos debían, por medio de su fusión, fundar una sociedad nueva: esta era la misión de los Bárbaros. Teodorico la desconoció, haciendo coexistir en su reino vencedores y vencidos, como dos razas que tenían una vocación distinta; la desconoció manteniendo intacta la civilización romana al lado de la barbarie germánica. Eso era querer una cosa imposible y contraria á los designios de la Providencia.

El tiempo y la fuerza de las cosas habrían cor-

(1) PROCOPIUS, *de Bello Goth.*, l. 2.

(2) *Edict. Theod.*, § 39: «Barbari, quos certum est Respublice militare.»

regido tal vez los errores de Teodorico, y la fusión de las razas se hubiera verificado, á haberse mantenido la dominación de los Godos. Pero la oposición religiosa entre vencedores y vencidos fué causa de que aquéllos no echasen raíces en Italia. Teodorico era arriano, y arrianos como él los reyes Bárbaros con quienes estaba aliado, Visigodos, Vándalos y Borgoñones. Jefe de aquella confederación, Teodorico vino á ser, en cierto modo, el representante del arrianismo, mientras que sus súbditos romanos eran ortodoxos. En una edad en que la vida se encontraba en la religión, era imposible á conquistadores arrianos fundar una dominación durable sobre un pueblo católico. Y no es que Teodorico hiciese violencia á la fe de los Romanos; al contrario, se distinguía por un espíritu de tolerancia digno de los modernos tiempos: los católicos gozaban de perfecta libertad, pero nada les garantizaba ese estado de cosas. Y efectivamente, los reyes vándalos desplegaban las más odiosas persecuciones contra sus súbditos ortodoxos, y no eran menos intolerantes los Visigodos. Un cambio de soberano hubiera bastado para quitar á la Iglesia italiana la libertad que la tolerancia de Teodorico la permitía. Y hé ahí gérmenes de discordias que hacían imposible la unión entre Godos y Romanos.

Viviendo aún Teodorico, estuvo á punto de estallar la división. Habiendo publicado un edicto el emperador Justino contra los arrianos, el rey de los Godos obligó al papa á pedir libertad para el arrianismo. ¡El jefe de la Iglesia ortodoxa obligado á defender una herejía! Teodorico chocaba contra imposibles; quería imponer la tolerancia á una Iglesia necesariamente intolerante. El rey se enajenó los ánimos de sus súbditos, que no vieron en él más que un Bárbaro y un hereje. No hay que admirarse, por lo tanto, de que Belisario fuera recibido como un libertador por los Italianos (1).

Se deplora la caída de la monarquía de Teodorico. Si se hubiese mantenido, se dice, habría asegurado la unidad de Italia, mientras que la conquista de los Lombardos vino á ser el principio de un fraccionamiento que se ha perpetuado hasta nuestros días (2). No podemos participar de esos sentimientos. Nuestras simpatías estarán siempre

(1) PROCOPIUS, *de Bell. Goth.*, l. 8.

(2) DU ROURE, *Hist. de Teodorico*, Prefacio.

en favor de una Italia libre é independiente; pero esa unidad era imposible con la dominación de los Godos; la división se hallaba en las creencias, en las instituciones, en las costumbres. Tampoco podemos deplorar, con Herder, que Carlo-Magno y no Teodorico presidiera á la organización de la Europa occidental, porque la reconstitución del imperio por los Bárbaros era una obra sin porvenir: presentaba todos los inconvenientes del des-

potismo romano y de la barbarie germánica á un mismo tiempo. La unidad bárbara no tenía más que una misión circunstancial: la de propagar el cristianismo en el Norte de Alemania y fundar el papado. La dominación de los Godos arrianos, en lugar de favorecer la extensión del cristianismo y el establecimiento de la unidad católica, habría servido de obstáculo á todo ello; su caída, por consiguiente, era providencial.